

EL IDIOMA DE LOS MEXICANOS

PRIMERA PARTE *

Por Antonio ALATORRE

LA historia de la lengua española en México se inicia en el momento de la conquista y prosigue paralelamente a los largos años de la colonización y del mestizaje. Los dos procesos están relacionados. La historia de México en el siglo XVI (comenzando con los relatos de los conquistadores: Hernán Cortés y Bernal Díaz) es una historia de la penetración de la vieja España en la Nueva España, de la absorción de México por los europeos. Es una historia dramática: el derrumbe súbito de la monarquía de Moctezuma en Tenochtitlán, y de los señoríos indígenas, más o menos autónomos y más o menos bien constituidos, del resto del país, y la implantación del régimen político y el aparato administrativo españoles.

Sin embargo, no todas las antiguas instituciones de los indios desaparecieron en este choque; no todas las viejas formas de vida fueron arrasadas, ni hubiera sido posible. Los indios conquistados siguieron conservando, sobre todo en la parte central de México, incluso en la capital, algunas de sus instituciones de gobierno y de sus bases económicas y sociales.

Son muchos los historiadores que han estudiado los diversos aspectos de la conquista y la colonia. Robert Ricard, en su libro sobre la conquista espiritual de México, se ocupa de esa misma gradual y poderosa invasión española en el aspecto religioso: la sustitución de las viejas creencias por la nueva fe cristiana, sustitución no perfecta, como ha hecho ver Julio Jiménez Rueda, puesto que sabemos cómo existe un curioso mestizaje religioso, más o menos intenso según las regiones en el pueblo mexicano de hoy. Silvio Zavala se ha fijado sobre todo en la transformación social del virreinato, y François Chevalier, al estudiar en un libro reciente la formación de los latifundios mexicanos, examina la implantación de los sistemas económicos europeos en el México colonial, sobre todo en lo que se refiere a la explotación agrícola.

Contamos, en una palabra, con excelentes estudios acerca de la conquista de la Nueva España en el sentido más estricto (la conquista material y política) y acerca de la conquista religiosa, económica, social. Pero no tenemos aún un verdadero estudio acerca de la conquista lingüística. Este estudio que nos falta debería seguir más o menos las mismas líneas que los otros, porque la penetración de la nueva lengua se fué realizando al mis-

mo tiempo que la penetración de la cultura, la religión y las instituciones europeas en el mundo indígena. Lo mismo que la conquista espiritual o que la conquista

social, la conquista lingüística no fué súbita, sino lenta y progresiva. Más aún, así como hay todavía en México gran cantidad de grupos indígenas que no han adoptado sino muy parcial y accesoriamente la cultura occidental europea, así



... ¿qué no será en esas noticias? ...

(Foto de Berenice Kolko)

SUMARIO: *La feria de los días* • *Caminos de Utopía*, por Claudio Esteva Fabregat • *Virginia en Acolman*, un poema de Ernesto Mejía Sánchez • *La rama*, por Max Aub • *Dorotea o la historia de un amor imaginado*, por Sergio Fernández • *El escritor y su tiempo*: Rafael F. Muñoz, por Mario Puga • *El Museo de Tlaquepaque*, por Ramón Mendoza Montes • *Artes Plásticas*, por Jorge Juan Crespo de la Serna • *Lupe Serrano*, por Manuel Michel • *El compositor Guillermo Noriega*, por Raquel Tibol • *El Cine*, por J. M. García Ascot • *Libros*, por Carlos Villegas, José de la Colina, Alberto Bonifaz y José Pascual Buxó • *Pretextos*, de Andrés Henestrosa • Ilustraciones de Vicente Rojo, Miguel Prieto, Hnos. Mayo, José Verde y Berenice Kolko.

* El presente artículo corresponde, con algunos retoques y dos o tres supresiones, a la primera de las conferencias que sobre este tema pronunció en el mes de agosto, Antonio Alatorre, invitado por la dirección de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México.

también esas mismas comunidades siguen hablando las lenguas prehispánicas, sin haber tomado del castellano más que unas cuantas voces, las más indispensables, para designar objetos nuevos a que se han acostumbrado. Así, pues, la conquista lingüística no ha terminado aún. Incluso se discute si conviene llevarla a término.

*
* *

La historia de la lengua en España constituye un paralelo notable, además de ser un precedente para el historiador de la lengua en los países hispanoamericanos. También en España hubo una conquista militar y una colonización permanente que impuso a la población primitiva toda una serie de instituciones, de costumbres, de formas de vida. También en España hubo un mestizaje. También en España sufrió cambios importantes la lengua de los conquistadores, el latín, por influjo de las primitivas lenguas de los conquistados. Unas cuantas décadas después de la conquista de Hispania, quienes vivían en Roma observaban ya ciertas características curiosas de pronunciación o de entonación en el latín hablado por los hispanos; éstos, además, mantuvieron muchas palabras pre-romanas para designar objetos que no tenían un nombre apropiado en latín. Los italianos no conocían el conejo; por eso, la palabra *cuniculus* no es más que la adaptación latina de una palabra indígena de España. Las peculiaridades españolas de la flora y de la fauna, además de varios otros objetos, conservaron, pues, más o menos adaptado al latín, el nombre que tenían en las lenguas primitivas. Y fijémonos en la pronunciación. Todos sabemos a qué se debe que en castellano se diga *hijo*, *humo*, *hacer*, *hembra*, con *h* al comienzo, y no con la *f* que esas palabras tenían en latín y tienen todavía en francés y en italiano, y hasta en catalán y gallego-portugués. Esa peculiaridad del castellano se debe a que en la lengua ibero-vasca no existía el sonido *f*, y los habitantes primitivos de esa parte de la Península, al aprender latín, lo sustituyeron por un sonido aproximado: la *h* aspirada; así, cuando intentaban decir *filius*, lo que en realidad decían era *hilius*. Estos ejemplos corresponden a un fenómeno lingüístico muy general que se llama sustrato. Después de una conquista cultural y lingüística, la lengua de los sometidos queda un poco enterrada, subyacente, pero no muerta; sigue ejerciendo, con mayor o menor fuerza, un influjo muy variado sobre la lengua dominante.

El fenómeno inverso es el del superestrato. Esta palabra designa a una lengua que penetra invasoramente en otro dominio lingüístico, pero que en definitiva no triunfa sobre la lengua aborigen; la importancia del superestrato varía mucho según la firmeza de esa lengua aborigen. El superestrato está ejemplificado en España por el árabe. Durante siglos convivieron los moros y los cristianos, y sobre la sociedad cristiana ejerció un influjo enorme la brillante cultura de los musulmanes. Este influjo cultural se manifestó, entre otras cosas, en una incontenible invasión de términos árabes que fueron injertándose progresivamente en la lengua de los españoles, aunque es ver-

dad que el castellano siguió siendo, básicamente, una lengua romance.

Creo que fué el romanista Max Leopold Wagner el primero que sugirió el paralelo entre la romanización y la hispanización, entre la conquista lingüística de España por los romanos y la conquista lingüística de América por los españoles. Esta idea ha sido muy fecunda, porque gracias a ella se han podido aplicar fácilmente, al estudio histórico del español en América, muchas de las técnicas elaboradas o perfeccionadas por los filólogos romanistas.

Volvamos a México. El paralelo, en sus líneas generales, es muy notable. Consideremos la zona más importante, la del antiguo Imperio azteca. Al entrar en contacto las dos lenguas, el náhuatl y el castellano, se produjo una serie de fenómenos de gran interés, y que conocemos con relativa exactitud. Desde luego, los españoles conservaron las designaciones indígenas para gran número de objetos, plantas y animales sobre todo, y mantuvieron también, como los romanos después de la conquista de Hispania, los nombres de los lugares. Pero, al adoptar estas palabras del náhuatl, las acomodaron a sus hábitos de pronunciación. Así, *Cuauhná-*

huac se convirtió en *Cuernavaca*, *Huitzilopochco* en *Churubusco*, y *huitzináhuac* y *huaxólotl* en *biznaga* y *guajolote*. Seguramente lo mismo ocurrió, en la antigua Hispania, con una palabra como *cuniculus*: sabemos que es transcripción del nombre indígena del conejo, pero la forma *cuniculus* no es ciertamente ibérica, sino latina.

Otras veces no se conservó la palabra náhuatl. Los aztecas llamaban *picietl* al tabaco y *acalli* a las canoas; sin embargo, para esos objetos predominaron las palabras que los españoles traían ya de las tierras americanas que primero habían colonizado: *tabaco* y *canoa* son voces de origen antillano. Por cierto que en el siglo XVI todavía no triunfaba definitivamente la palabra *tabaco*; el simpático doctor Juan de Cárdenas, en sus *Problemas y secretos maravillosos* publicados en México en 1591, lo llama de las dos maneras: *tabaco* y *piciete*.

En cuanto a la influencia del sustrato indígena sobre la pronunciación y entonación del español que hablamos, no se ha precisado rigurosamente, pero es fácil señalarla. Pedro Henríquez Ureña se refiere a unos diez o doce Estados de la República cuando observa: "En el habla popular del centro de México domina la entonación indígena: unas mismas son las curvas melódicas con que se habla el español y el náhuatl, con su curiosa cadencia final. Estas curvas se modifican a medida que se asciende en la escala de la cultura de tipo europeo: al llegar a los grupos de mayor cultura, la entonación es ya muy diversa de la popular; conserva, aun así, el aire mexicano." Los indios de Xochimilco dejaron de hablar náhuatl hace relativamente poco tiempo, y el castellano que hablan tiene una entonación, una música especial que todos están de acuerdo en atribuir a los hábitos de entonación de su antigua lengua, por ejemplo esa curiosa cadencia final observada por Henríquez Ureña. Por cierto que donde más claramente se siente en la República la influencia de un sustrato prehispánico sobre la entonación y pronunciación del castellano es tal vez Yucatán. Aquí, a diferencia de lo que ocurre en el centro, la masa de la población habla corrientemente la lengua maya, llena de consonantes fuertemente oclusivas y explosivas. Los yucatecos no dicen *cabayo*, sino *kkabbayo*, y en general el español que hablan está muy mayizado.

*
* *

Pero hay un aspecto en que no existe este paralelo, un punto importante en que se distingue la historia del latín en Hispania, de la historia del español, en México y en toda Hispanoamérica. Durante siglos, la Península ibérica quedó separada de las demás provincias o antiguas provincias romanas de habla latina; se vio abandonada a sí misma, y por lo tanto el latín fué corrompiéndose y alterándose con bastante rapidez, hasta que, tras unos cuantos centenares de años, la lengua que hablaba el pueblo estaba completamente alejada de la lengua que constaba en los libros y que sólo conocía la gente muy educada, la clase de los clérigos. Estos siglos fueron, pues, extraordinariamente decisivos para la formación del castellano

(Pasa a la pág. 11)

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO

Rector:

Doctor Nabor Carrillo Flores.

Secretario General:

Doctor Efrén C. del Pozo

REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO

Director:

Jaime García Terrés.

Coordinador:

Henrique González Casanova.

Director artístico:

Miguel Prieto.

Secretario de redacción:

Emmanuel Carballo.

Toda correspondencia debe dirigirse a:

"REVISTA UNIVERSIDAD DE MEXICO"

Universidad Nacional Autónoma de México,
Justo Sierra 16. México, D. F.

Precio del ejemplar: \$ 1.00

Número doble: " 1.50

Suscripción anual: " 10.00

PATROCINADORES

ABBOT LABORATORIES DE MÉXICO, S. A.—BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—CALIDRA, S. A.—COMPAÑÍA HULERA EUSKADI, S. A.—COMPAÑÍA MEXICANA DE AVIACIÓN, S. A.—ELECTROMOTOR, S. A.—FERROCARRILES NACIONALES DE MÉXICO, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A. (ICA).—INSTITUTO MEXICANO DEL SEGURO SOCIAL.—LOTERÍA NACIONAL PARA LA ASISTENCIA PÚBLICA.—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—PETRÓLEOS MEXICANOS.

EL IDIOMA DE LOS MEXICANOS

(Viene de la pág. 2)

y de las demás lenguas romances; cada región tomó su propio camino, e incluso dentro del territorio de cada antigua provincia llegó a haber diferencias notables.

Pues bien, nosotros no hemos conocido esa separación. Nosotros estamos en contacto con el resto del mundo de habla española; por lo tanto, el núcleo fundamental de nuestro idioma, las características básicas de nuestra pronunciación, nuestro instinto lingüístico, todo esto es y sigue siendo español. Cualesquiera que sean las modalidades más o menos típicas de México que aquí he mencionado o que mencionaré en adelante, son modalidades secundarias, que no afectan a ese núcleo, a esa base principal. Hablar acerca del idioma de los mexicanos exigiría, estrictamente, tratar del desarrollo de todo el español, de todos sus aspectos, entre nosotros. Pero si así lo hiciera, ofrecería un cuadro que es, quizá en un 90%, el mismo en todo el mundo de habla española. Es preferible dejar a un lado los fenómenos generales, a condición de no perder de vista su existencia.

El hecho de la comunidad hispánica se ve, por ejemplo, en la identidad de los fenómenos lingüísticos de las hablas rurales. La mayor parte de la población hispanoamericana vive en el campo. Su habla es conservadora y arcaizante, y llena de vulgarismos. Pero arcaísmos y vulgarismos (decir *truje* en vez de *traje*, *mesmo* en vez de *mismo*, *pacencia* en vez de *paciencia*, *haiga* en vez de *haya*), todas estas cosas y un número infinito de otras más existen por igual en España, en la Argentina, en Bolivia o en Guatemala. Vocabulario, pronunciación, morfología y sintaxis han evolucionado paralelamente (me refiero a sus líneas generales) en todas las zonas hispanohablantes. Así, pues, voy a dar por sobreentendidos esos hechos. En cuatro siglos y medio, digamos del año 300 al año 750 de nuestra era, se derrumbó la unidad del latín en el antiguo Imperio romano; pero en los últimos cuatro siglos y medio de nuestra historia no se ha arruinado la comunidad del idioma castellano en el antiguo Imperio español: sigue firme en sus bases principales.

Manuel Altolaguirre cuenta cómo la primera frase que oyó en Veracruz, recién desembarcado, fué ésta: "Aguzado, joven, le van a volar el veliz", en la cual lo único que entendió fué la palabra *joven*. Abundan las anécdotas y chistes semejantes, pero el hecho es que nos seguimos entendiendo perfectamente españoles, argentinos y mexicanos. La lengua evoluciona, porque no hay nada capaz de impedirlo, pero evoluciona, en muchos casos, de manera pareja. Además, hay en México, como en los demás países de habla española, un sentido lingüístico especial que nos indica lo que es regional y lo que es general en nuestra lengua. Cuando hablamos con un recién llegado de Colombia o del Uruguay, cuando escribimos algo para el público, evitamos instintivamente los giros regionales y tratamos de acercarnos al ideal del español general, en el cual, como dijo Amado Alonso, coinciden las personas cultas de Buenos



...la influencia de un sustrato prehispánico...

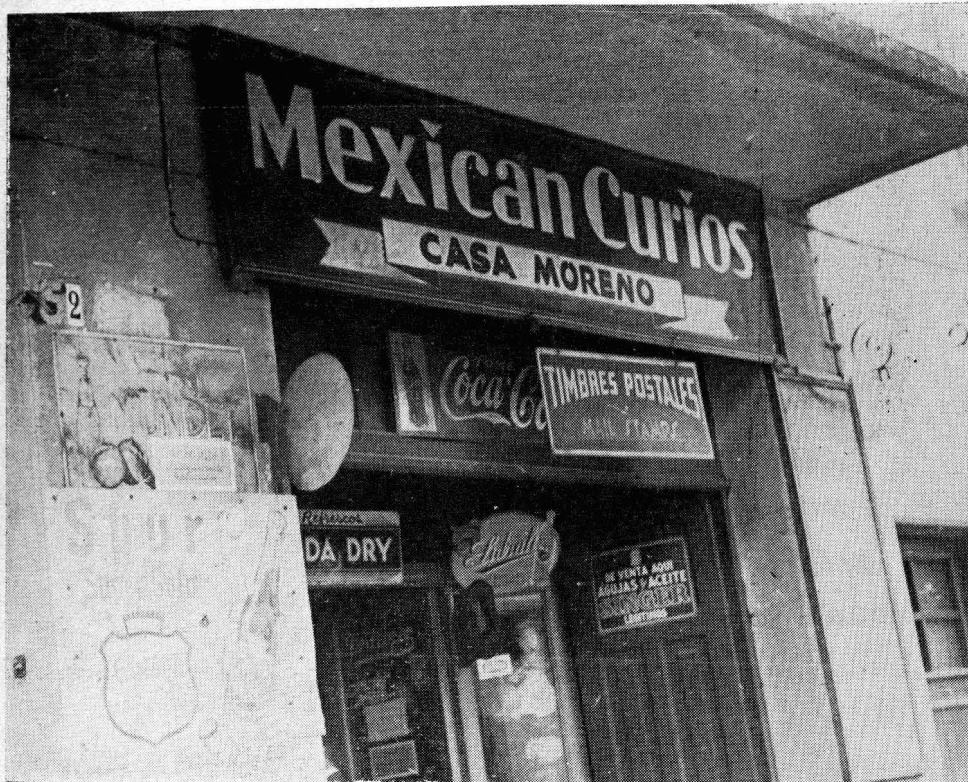
Aires y de La Habana, de Lima y de México.

* * *

Sigamos con el paralelo entre la historia lingüística de México y la de España. Me he referido al superestrato árabe en el habla de la Península. Rafael Lapesa, en su *Historia de la lengua española*, consagra un ameno capítulo al estudio de los arabismos introducidos en el castellano. Los reinos árabes del Sur de la Península tuvieron una cultura refinada y brillante; sus adelantos materiales, su ingeniería, sus ciencias, sus comodidades, no podían compararse con la situación en que se hallaban los reinos cristianos del Norte; la desigualdad era enorme. Cuando los españoles comenzaron a construir obras de riego, cuando comenzaron a estudiar las ciencias físicas y matemáticas y a aficionarse al lujo y a las comodidades, adoptaron una enorme cantidad de palabras árabes. La cultura material de

los moros pasó a los cristianos, y con ella la terminología árabe.

De los países de habla española, es México uno de los que están en contacto más directo con los Estados Unidos. También en este caso es impresionante la desigualdad entre los dos países por lo que se refiere a la cultura material: industria, comercio, ingeniería, productos de lujo, publicidad. La penetración de las nuevas técnicas y de los nuevos adelantos es incontenible. Y con ellos penetra también gran número de palabras inglesas, que los mexicanos adaptamos más o menos fielmente a los usos de la lengua española. Esta invasión lingüística se va convirtiendo cada vez más en un problema de superestrato. Los arabismos acabaron por ser un elemento tan importante en el castellano, que es ése uno de los rasgos que más lo distinguen de otras lenguas romances, el francés y el italiano por ejemplo. Podemos preguntarnos si la introducción de los anglicismos en México y en otros países hispanoamericanos, no acabará por



... otro medio de difusión de anglicismos...

mán, y cuya lengua, como es natural, estaba mucho más saturada de arabismos que la de León y Castilla. Aquí y ahora, quienes desempeñan el papel de los mozárabes son, por supuesto, los muchísimos mexicanos que viven en Los Angeles, en Texas y en todo el Sur de los Estados Unidos; casi siempre siguen hablando español, pero, aislados a menudo en territorio de habla inglesa, rodeados de costumbres diferentes, su lengua tiende a impregnarse de anglicismos.

* * *

Pero el problema de los anglicismos es mucho más general, y merece que nos ocupemos de él con mayor detenimiento. Es interesante compararlo con el problema de los galicismos, tan grave hace unas décadas, y ahora casi inexistente. Ya no se escriben libros para denunciar y vituperar los galicismos, pero hace unos treinta o cuarenta años se contaban por docenas. En nuestros días parece ya un asunto concluido; la marea ha bajado. En México, el triunfo de los galicismos corresponde a la época del Porfiriato. Pero no



... una música especial...

constituir también un rasgo de diferenciación entre nuestra lengua y la lengua de España. Y hasta podemos dar un nuevo paso y enfocar de manera más dramática el paralelo. Américo Castro, en su revolucionario y revelador libro *España en su historia*, hace ver cómo la influencia del árabe no se limita a las palabras como *albéitar* o *alcaide*, simples adaptaciones de las voces árabes correspondientes, sino que se extiende a un modo de pensar, a un hábito psicológico. Según Américo Castro, la actitud general ante la vida, el modo de vivir o *vividura*, estaba saturada de arabismo, y muchas obras literarias de la Edad Media, como el *Libro de buen amor*, reflejan en gran parte un concepto árabe de las cosas, aunque estén escritas en castellano. A veces, los españoles así arabizados formaban una palabra castellana tras la cual no había un

proceso lingüístico románico, sino un modo de pensar árabe. Un ejemplo que da don Américo es la palabra *fijo de algo* o *hidalgo*, designación del hombre bien nacido y dueño de bienes de fortuna. No hay en las lenguas romances, fuera de la Península, una palabra semejante: es que el español pensaba en la palabra árabe correspondiente, *ibn-al-joms*. Pues bien: no es una novedad decir que esto mismo comienza a ocurrir en México. No sólo penetran las palabras inglesas junto con los objetos a que corresponden, sino que también hay un comienzo de "americanización" en el modo de ver y sentir la vida.

Luego me referiré a esto. Pero antes, para acabar de exponer el paralelo de historias lingüísticas que he venido esbozando, quiero recordar la existencia de los mozárabes en la Edad Media española. Mozárabes eran los cristianos de habla romance que vivían en territorio musul-



... en la jerga de los deportes abundan los ejemplos...

es un fenómeno exclusivo de México, ni mucho menos. Los galicismos entraron por igual en todo el mundo de habla española. Y es posible que en España y en la Argentina hayan sido más abundantes. Se oyen aún, y se ven por escrito, construcciones que son calcos de la sintaxis francesa, por ejemplo *tarea a realizar* en lugar de "tarea que hay que realizar", o bien *fue entonces que lo descubrí*, en vez de "entonces fué cuando lo descubrí", pero creo que esto es más frecuente en Buenos Aires que en México. Sería interesante hacer una especie de balance final de los galicismos en los países de habla española, estudiando lo que significaron, los aspectos de la vida en que fueron más abundantes y los que subsisten en nuestros días, ya incorporados a la lengua general.

En 1938 escribía Pedro Henríquez Ureña: "La influencia del francés y del inglés en el lenguaje popular de México es muy escasa: sólo pueden atribuírsele unas cuantas palabras, muy pocas, que se han filtrado desde el lenguaje de las clases cultas hasta el pueblo." Es decir, para el

gran maestro de Hispanoamérica, hace menos de veinte años, la influencia del francés y la del inglés estaban en la misma situación: una y otra eran escasas; no había en el español de México nada digno de notar a ese respecto. Si viviera Henríquez Ureña, se sorprendería sin duda al saber que *ahora* el pueblo dice cosas como *lavarse la feis*, o *tener ponch*. Hay, pues, diferencias notables entre los galicismos y los anglicismos.

Primera diferencia: la época de su introducción. Los galicismos penetraron sobre todo antes de la primera guerra. Hay algunos anglicismos del siglo XIX, llegados, por cierto, no de los Estados Unidos, sino más bien de Inglaterra, como *líder*, *mitin*, *club*, *esnob*, *esnobismo*, *reportero* y *reportaje*, *stock*, *trust*, *rosbif*, etc.; pero la mayoría de ellos pertenecen a época muy reciente, y se han tomado del inglés de los Estados Unidos.

Segunda diferencia: la extensión social. Muchos galicismos no trascendieron de las clases cultas y afrancesadas; los que pasaron a la lengua común, como *cliché*, *pastiche* o *croqueta*, penetraron primero en las clases cultas, a través de un conocimiento directo de la realidad francesa, o a través de la literatura. Los anglicismos, en gran número de casos (no siempre), están penetrando por un camino inverso: de abajo para arriba.

Tercera diferencia: los anglicismos tienen que sufrir una transformación más radical. Las palabras francesas, después de todo, no son tan difíciles de pronunciar, y muchas de ellas (digamos, por ejemplo, *canapé* o *comité*) pasaron casi intactas al español. Pero las palabras inglesas tienen una fisonomía mucho más extraña, y no pueden persistir mucho tiempo en su forma original. Cuando entraron en México los automóviles, pareció quizá un poco confuso seguir empleando la palabra *cochera*, y se adoptó el anglicismo *garage* (palabra que el inglés había tomado del francés). Pero la segunda *g* de *garage* no es consonante española.



...el calificativo "pachuco"...

Entonces comenzaron las vacilaciones. Algunos se decidieron simplemente por pronunciar la palabra tal como se escribe y dijeron *garaje*; otros trataron de imitar la palabra tal como la oían, y se encuentran por lo menos estas tres soluciones: *garásh*, *garach* y *garay*; finalmente, otros, los más educados (o los más pedantes) dicen *garage* a la inglesa.

Hay que insistir en el hecho de que muchísimos de los anglicismos no son exclusivos de México, ni siquiera de los países de habla española, sino de todo el mundo occidental; la palabra *cock-tail*, por ejemplo, se conoce no sólo en México o en la Argentina, sino en Francia, en Italia, en Alemania, y no sé si hasta en Rusia. Sin embargo, son más abundantes en los países hispanoamericanos, a causa del influjo comercial, industrial y de otras especies que tienen en ellos los Estados Unidos. Donde este influjo es más fuerte (Venezuela, Cuba y México, y además, por razones obvias, la isla de Puerto Rico), los anglicismos son más frecuentes y variados.



...y el "tintanESCO"...



...no penetran a partir de las clases altas...

Hace unos cinco años apareció un *Diccionario de anglicismos*, por el abogado panameño Ricardo J. Alfaro. Es, hasta ahora, la única obra más o menos completa que hay sobre el particular, pero dista mucho de ser perfecta, porque el enfoque del autor es muy estrecho. Parece que ha partido sólo de dos observaciones: primera, las cosas horribles, mitad inglés y mitad español, que dicen los estibadores y cargadores panameños en la zona bilingüe del Canal, y segunda, los errores que cometen ciertos traductores del inglés, escribiendo por ejemplo "la importancia actual de una cosa" en lugar de "la importancia real" o "verdadera", o bien "Ya es hora de *realizar esto o aquello*" en vez de "Ya es hora de que nos demos cuenta". Hace falta una obra escrita con criterio lingüístico, que clasifique los anglicismos, que anote la fecha de su introducción, que señale exactamente su difusión geográfica, su grado de vitalidad, la clase o las clases sociales que los emplean.

En México, a causa de su posición geográfica, se presentan, a propósito de los anglicismos, problemas más graves y más especiales. Pensemos en la población mexicana que vive en los Estados Unidos,

esa población que antes he comparado con los núcleos mozárabes; pensemos en los jóvenes mexicanos que estudian en los colegios y universidades de los Estados Unidos. Los centros de población mexicana, los estudiantes que se americanizan, ciertos hombres de negocios, a veces los simples visitantes que residen algún tiempo al otro lado del Bravo, etc., etc., entran más o menos en la categoría que llamamos, despectivamente, "pochismo". El "pocho", en su forma más cruda, es el mexicano que se deja seducir por la *American way of life* y para quienes las cosas mexicanas son siempre despreciables y las norteamericanas siempre inigualables. Pero hay muchos grados. A algunos les bastan unos cuantos meses de residencia en los Estados Unidos para que, de vuelta en México, afecten haber olvidado el español; otros, en cambio, por muchos años que lleven de vivir allá, siguen inmunes. Al grado de resistencia psicológica suele corresponder el grado de resistencia lingüística. Entre los dos extremos hay toda una escala de "apochamiento".

El caso más grave, porque lleva a verdaderas monstruosidades, es el de ciertos grupos fronterizos que han creado una especie de dialecto o lengua criolla en que se funden elementos del inglés y del español. No sé en que lado de la frontera se desarrolló la siguiente escena. En realidad, lo mismo da que haya sido Laredo o Nuevo Laredo. Un individuo despierta al vecindario dando gritos; va a bañarse, y se encuentra con que alguien se llevó la leña del calentador; recuerda entonces que en la noche oyó cómo su perrita ladraba y corría de un lado a otro. Sus gritos son más o menos éstos: *¿Juasú mara con la dogá anoche? Run pallá run pacá pa nasín. Sámbari vino y se llevó la leña del boiler.*

Este, como digo, es el caso extremo. Ahora bien, precisamente en el caso extremo se colocan los "pachucos", quizá de manera voluntaria y consciente. El pachuco se ha creado una lengua a base del habla pocha; éste es su punto de partida, pero él exagera sus características; para decirlo brevemente, el pachuco es el esperimento del pocho. Lo que lo delata desde luego, antes de que se ponga a hablar, es su manera de vestir. El pachuco, en realidad, el pachuco en toda su pureza, es ahora un tipo desaparecido; fué un fenómeno pasajero; lo exagerado mismo y lo virulento de sus características acabaron con él. Al sociólogo y al psicólogo les corresponde explicar el fenómeno. Pero el habla pachuca o "apachucada" sigue siendo un problema actual. El pachuco es, el que dice, tal vez adrede, que va a comprar *groserías* en la *marqueta*, y que para hacerlo *parquea* en algún lugar *el carro*, y que tiene un *relativo* que *renta apartamentos* *fornidos*.

He dicho antes que muchos anglicismos, a diferencia de los galicismos, no penetran a partir de las clases altas, sino al revés, de abajo a arriba; y no penetran a través de la literatura, sino a través de la lengua viva. En el caso de los pachucos, ha habido en México lo que pudiéramos llamar un agente transmisor de extraordinaria importancia desde el punto de vista lingüístico: Tin Tan, uno de los cómicos predilectos del pueblo mexicano. En los comienzos de su carrera sobre todo, sus chistes estaban hechos a

base de pachuquismos. Tin Tan estuvo en cierto contacto con los verdaderos pachucos y tuvo la feliz ocurrencia de explotar las posibilidades cómicas del tipo en lo que se refiere a la indumentaria, a la psicología y sobre todo al modo de hablar. Es significativo que ahora el calificativo "pachuco" esté cediendo su lugar al calificativo "tintanESCO". Teatro, cine, radio, televisión: en todo ha estado Tin Tan. En una u otra forma, gran parte de la población de México ha tenido oportunidad de escucharlo. Los niños y los jóvenes son, por supuesto, los más maleables y los más dispuestos a aceptar influencias. Primero dirán, por chiste, un "tintanismo"; luego lo dirán todos los muchachos de un barrio o de una escuela, y la palabrita, una vez desgastada la intención chistosa, quedará incorporada con toda naturalidad a la lengua ordinaria. Es todavía muy temprano para comprobar la verificación de estas o parecidas etapas. Sin embargo, algo es posible ver ya ahora. En la sala de clase, un muchacho le da un codazo a otro: "Cuidado, el maestro te está *guachando*", o dice que el "profe" lo ha *cachado* haciendo una travesura, o que no le ha dado *chance* en el examen. *Guachar* es todavía raro; *chance* se oye ya en todas partes, y *cachar* más aún; porque es palabra más arraigada, que entró antes de Tin Tan.

La tarea del lingüista, como puede verse, es muy delicada. Hace falta mucha atención para fijar la fecha de introducción y el grado de generalización del anglicismo. La palabra *troca*, formada sobre *truck*, es de la misma especie que *basqueta*, formada sobre *basket*; sin embargo, *basqueta* sólo se oye en boca de algunos verdaderos pochos, y en cambio *troca* (camión de carga) es general desde hace veinticinco años por lo menos. En las frases de pochos que he citado están las palabras *carro* y *boiler*, que también se dicen en México desde hace mucho: son anteriores a todo pochismo y a todo tintanismo. Como tantos otros términos de la mecánica, se adoptaron quizá en el momento en que comenzaron a importarse los objetos correspondientes.

En este caso están muchas palabras relacionadas con el automovilismo, con la maquinaria en general y con la maquinaria agrícola, la maquinaria y la técnica cinematográfica (cuyo léxico es totalmente inglés), etc. En lo que se refiere al vocabulario del automóvil, se adaptó todo lo posible del léxico de la mecánica que ya existía en español, como *muelles*, *pedal*, *cilindro*, *cigüeñal*, pero lo que no, se dejó en inglés más o menos españolizado, como *cloch*, *cárter*, *bushing*, etc. Todo esto es fenómeno general, no exclusivo de México. Las soluciones suelen ser distintas: aquí llamamos *convertible*, adoptando un término inglés, al automóvil que en España llaman *descapotable*, adaptación de un término francés. Lo mismo hay que decir de la importación de medicinas de patente, de artículos de tocador, de ropa, etc.

Relacionado con lo anterior, he aquí otro medio de difusión de anglicismos. En un barniz de difusos se dice, entre otras excelencias del producto, que es muy fácil de *remover*. La propaganda está traducida del inglés, y el verbo *remove*, "quitar", se ha traducido sin más por *remover*. En este caso está también cierta invitación que dice: "Llene usted la *apli-*

cación adjunta y envíela a tal y tal lugar." *Aplicación* es, por supuesto, *application*, "solicitud" o "petición". Los traductores no suelen ser muy escrupulosos. En un libro reciente, traducido del inglés por un mexicano y publicado nada menos que por la *Revista de Filología Española*, de Madrid, he encontrado, entre otras muchas perlas, las siguientes: *asertar* (*to assert*), por "afirmar" o "declarar"; *listar* una serie de hechos (*to list*), por "enumerar"; *el criticismo* (*the criticism*), por "la crítica"; un paisaje *disfrutable* (*enjoyable*), por "grato" o "placentero"; el papel que *juega* una cosa (*the role it plays*), etc. Es lo que sucede, en mayor escala, con las noticias internacionales que las agencias de los Estados Unidos mandan en inglés, y que los periódicos de Buenos Aires, de Lima o de México hacen traducir rápidamente a unos infelices mal pagados. Si hasta en libros traducidos del inglés con más calma se deslizan insidiosamente los anglicismos, ¿qué no será en esas noticias? Quienes velan celosamente (y a veces ridículamente por la pureza del idioma de Cervantes y buscan los atentados cometidos contra él, no tienen más que recorrer las páginas de la prensa diaria: la pesca es abundante y segura.

La mejor señal para apreciar el arraigo de un anglicismo es el hecho de que se ponga a procrear derivados. La palabra extranjera que se adopta es como una matita que se trasplanta; en cuanto la mata echa retoños, el jardinero puede estar tranquilo. Es lo que sucede en México, por ejemplo, con la palabra *lunch*. Se dice comúnmente *lonch*, pero muchos dan un paso más en la hispanización y dicen *lonche*, porque el español, como otras lenguas romances, no admite ciertas consonantes en final de palabra (así, los brasileños dicen *pique-nique* en vez de *picnic*, y los italianos llamaban *Shemelinga* al boxeador *Schmeling*). Pero *lonch* o *lonche* produce hojas y ramas. Se crea un verbo, *lonchar*, que a veces es neutro, como en la frase "Ya es hora de lonchar", y a veces es activo, como cuando se pregunta: "¿Qué cosa lonchaste hoy?" El lugar donde se venden lonches es una *lonchería*, y la caja en que el obrero lleva su lonch a la fábrica es una *lonchera*.

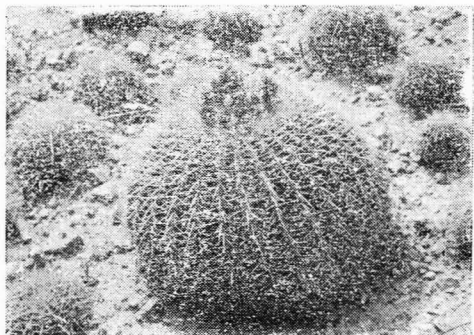
En la jerga de los deportes abundan los ejemplos. En el fútbol de México se llama *gol*, adaptación de *goal*, no sólo al arco o meta, sino también al tanto que un partido se anota a su favor; a veces se llama también *gol* al *goal-keeper*, aunque su nombre más frecuente es "portero". Sobre *gol*, en el sentido de punto anotado, se han formado ya varias palabras: el verbo *golear*, como en esta frase: "El Atlas *goleó* implacablemente al Zacatepec"; el aumentativo y el diminutivo: un gol logrado en condiciones difíciles y gloriosas es un *golazo*, y el anotado sin ningún esfuerzo es un triste *golecito*; Horacio Cazarín es (o era) un gran *goleador*, y un equipo fuerte le pone a otro menos fuerte una tremenda *goliza* o una *goleada* de miedo.

El vocabulario deportivo constituye una jerga, un lenguaje profesional, pero, en nuestros calamitosos tiempos, es una jerga sumamente divulgada. Como en el caso de la jerga automovilística, ya comienzan a usarse sus términos en otras esferas, a manera de metáforas que pronto dejarán

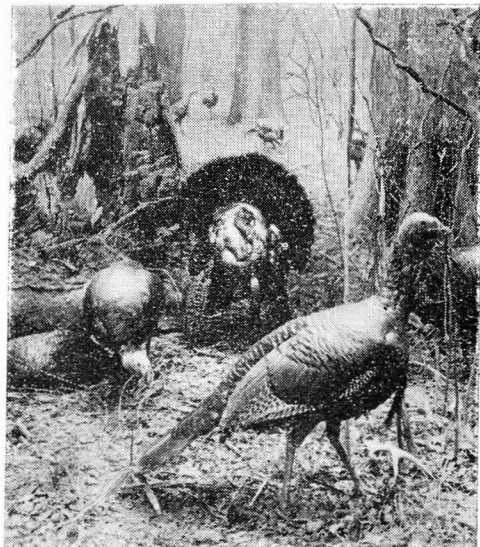
de serlo. En México, sobre todo entre la gente joven, se usa el giro *ir a ochenta*, que viene del automovilismo; y en el caló se dice del que hace ciertas cosas anormales que *cacha y picha*, o bien que *picha con la zurda*. El estudio de las jergas deportivas está lleno de cosas interesantes, sobre todo para los lingüistas que al mismo tiempo practican algún deporte. (Recientemente, un filólogo norteamericano ha estudiado la terminología del beisbol en México, y un filólogo suizo el vocabulario del futbol y del basquetbol en España.) Se pueden hacer comparaciones muy curiosas. ¿Por qué unos países dicen *basketbol* y otros traducen y dicen *baloncesto*? ¿Por qué en España dicen *fútbol* o *fúrbol*, y en México decimos *futbó*, y casi en ninguna parte ha prosperado la traducción *balompié*? La fortuna de las palabras es siempre imprevisible. He mencionado, entre las palabras pochas, el verbo *parquear*. Para esta operación nosotros decimos *estacionar* el automóvil y en cambio en España, en la tradicionalista España, para gran sorpresa y escándalo mío, me encontré con que hacen lo mismo que



... canoa, vos antillana ...



... huitzínahuac: biznaga ...



... huaxólotl: guajolote ...



... que tiene sangre indígena y aun habla en español ...

los pochos; traducen el verbo *to park* y dicen *aparcar*.

Hay, por supuesto, muchas fuerzas activas en México en contra de la americanización; poniéndonos en el terreno estrictamente lingüístico, cabe afirmar que la masa de la población, sobre todo la población rural y la clase media, es conservadora y se adhiere a su pasado. Pero es imposible saber de qué manera funcionará el juego sutil de contrapesos lingüísticos. En resumidas cuentas, no sabemos si la carga de anglicismos hará que al fin se inclinen peligrosamente las balanzas.

En un artículo próximo, de enfoque muy distinto, trataré de asomarme a ciertos aspectos del idioma de los mexicanos, aspectos mucho más vitales, en que el problema de los anglicismos no interviene para nada. El problema existe, desde luego, pero no creo que tenga la magnitud que algunos le atribuyen. Todos recordamos aquellos versos del poema "A Roosevelt" de Rubén Darío:

Eres los Estados Unidos,
eres el futuro invasor
de la América ingenua que tiene sangre
indígena,
que aún reza a Jesucristo y aun habla
en español.

Pues bien, no falta quien crea que esta especie de profecía poética ya se está cumpliendo en México, lo cual, evidentemente, es exagerado. Pero ¿qué pasará el día de mañana? En algún lugar dice Chesterton que nunca han faltado en la humanidad los profetas, los que dicen "va a suceder esto y aquello", y que la historia universal podría interpretarse como un juego de niños, el juego de "desmentir al profeta". Es más fácil ser profeta verdadero en política que en Lingüística, y ya es mucho decir. Amado Alonso sabía a qué atenerse cuando opinaba que el ideal del español general se mantendría firmemente durante mucho tiempo. Pero todas las sorpresas son posibles. Dejemos, mejor, que el futuro se encargue de dar la respuesta.